

CONVOCATORIA Y PRESIDENCIA DEL CONCILIO DE NICEA

POR CONSTANTINO

La política pro-cristiana de Constantino tuvo su punto culminante en la convocatoria el 325 del Concilio de Nicea -considerado después como primer concilio ecuménico- a cuyas sesiones acudió el propio emperador. El objetivo del concilio era poner fin a la controversia arriana recién iniciada que amenazaba con dividir a los cristianos en dos bandos irreconciliables y a las disputas sobre la fecha de celebración de la Pascua. Pero Constantino lo aprovechó también para presentarse ante los obispos del Oriente recién conquistado a Licinio, mostrar a éstos su línea de política religiosa y celebrar de este modo su Bicennales. Presentamos aquí la descripción del concilio por Eusebio de Cesarea en su *Vita Constantini* que es la única que se nos ha conservado. Eusebio se complace en presentar a Constantino como principal protagonista del concilio y ensalza sin reparos la política constantiniana de hacer de la Iglesia un instrumento de su política y un medio de ensalzar su persona y su poder (...)

«Tras determinarse la fecha para la apertura del sínodo, en el que se debía acelerar una solución a los puntos controvertidos, una vez que hizo cada uno, en posesión de su personal fórmula resolutoria, acto de presencia, efectuaron los convocados su ingreso en la sala central del palacio imperial, que en amplitud aventajaba netamente a las demás, y habiéndose instalado por orden unos bancos a ambos costados de la sala, todos fueron ocupando sus asientos según su jerarquía. Cuando se hubo sentado toda la asamblea en decente concierto, el silencio se apoderó de la concurrencia, a la espera de que apareciera el emperador: hizo su entrada un primero de su escolta, después un segundo, y un tercero. Precedieron su llegada otros que no eran los soldados y lanceros de rigor, sino sólo amigos íntimos. Poniéndose en pie a una señal que indicaba la entrada del emperador, avanzó éste al fin por en medio, cual celeste mensajero de Dios, reluciendo en una coruscante veste como con centelleos de luz, relumbrando con los fúlgidos rayos de la púrpura, y adornado con el lustre límpido del oro y las piedras preciosas. Esto, en cuanto a su cuerpo. En cuanto a su alma, era patente que estaba engalanado con el temor a Dios y la fe. Dejaban esto entrever los ojos dirigidos hacia abajo, el rubor de su semblante, el compás de sus andares y el tenor en general de su porte, la estatura que se sobreponía a la de todos cuantos le daban escolta (...) y por la belleza de la flor de su edad, y por el vigor magnífico que emanaba de su prestancia física y de su indomable energía, lo cual, combinado con lo ponderado de su modo de ser y la suavidad de su regia sensibilidad, ponía de manifiesto la incomparable rareza de su alma, mejor que cualquier paráfrasis. Cuando llegó al lugar principal donde tomaban su comienzo las filas de asientos, mantúvose en

medio de pie; puesto a su disposición un pequeño sitial fabricado de oro macizo, se sentó, no sin antes haber hecho una señal a los obispos. Con el emperador, todos hicieron lo mismo. Levantóse entonces de entre los obispos el que figuraba primero en la fila de la derecha, y pronunció un ajustado discurso, dirigiéndoselo al emperador, y componiendo por medio de él un himno de agradecimiento al Dios soberano. Cuando se sentó, se hizo el silencio, y todos clavaron fijamente la mirada en el emperador; él con ojos radiantes, miró serenamente a todos, y concentrándose, con voz tranquila y suave, pronunció el discurso que sigue:

"Ha constituido el fin de mi súplica, oh carísimos, gozar de vuestra presencia, y al haberlo conseguido, sé de veras que debo rendir gracias al Rey universal, porque para colmo de otros dones, me ha otorgado el ver éste, que es superior con creces a todo bien, esto es, acogeros a todos aquí juntos, y contemplar el sentir, común y concorde. Que no dañe, pues, una péfida envidia los bienes que disfrutamos, y que el maligno demonio, una vez terminada con el poder del divino salvador la guerra anti-divina suscitada por los tiranos, no cubra de insultantes calumnias, por otras vías, la ley divina. A mi manera de ver, tengo la perturbación interna de la Iglesia de Dios por más dura que cualquier guerra, y que cualquier (terrible) combate, y este asunto está tomando un cariz mucho más nocivo que los asuntos del exterior. Cuando me levanté con la victoria, sobre los enemigos, por la aquiescencia y concurso del Omnipotente (desde luego), pensé que no quedaba otra cosa que rendir gracias a Dios, y exultar de mancomún con todos los liberados (por) él, a través de mí. Pero cuando fui informado de vuestra disensión más allá de lo que cabía esperar, no relegué a un segundo plano lo que se me estaba refiriendo, al contrario, sin vacilación mandé llamar a todos, emitiendo votos, para que este asunto adquiriera un remedio mediante mis servicios. Y me gozo de ver vuestro comicio, mas sólo juzgaré que he actuado eficazmente conforme a mis oraciones, cuando vea a todos anímicamente fundidos en un único y común espíritu de identidad y de paz; y sería muy propio de vosotros, gente consagrada a Dios, el pregonar ese espíritu a los demás. Así pues, carísimos sacerdotes de Dios, y fieles ministros de nuestro común señor y salvador de todos, no dudéis en dar comienzo desde ahora mismo, al planteamiento franco de los motivos de la disputa entre vosotros, ni en desatar toda la compleja madeja de controversias, según las leyes de la paz. Pues de este

modo, habríais realizado lo más grato a Dios omnipotente, y a mí, vuestro consiervo, me rendiríais un favor sobremanera grande".

“Después de pronunciar estas palabras en lengua latina, y tras haberlas traducido un intérprete al griego, dio la palabra a los presidentes del sínodo. Nada más dársela, unos empezaron a esgrimir acusaciones graves contra los que estaban al lado; éstos, a su vez, se disculpaban y arremetían en reproches. Muchísimas cosas eran (en verdad) las que se planteaban por cada contrincante, y formidable la contienda que se produjo desde el principio. El emperador escuchaba resignadamente a todos, y recibía las propuestas con diligente atención; aceptando parcialmente las tesis de cada bando, iba sin sentir reconciliando a los arriscados contendientes. Como quiera que conversara afablemente con cada uno, y usara la lengua griega, porque tampoco de ella era ignorante, revelóse en él un tipo de hombre dulce y agradable, ya cuando (persuadía) a unos, ya cuando doblegaba a otros con su palabra, ya encauzando a todos hasta posiciones de unanimidad, hasta que, por fin, los puso de acuerdo y conformes en todos los temas sujetos a examen, de manera que prevaleciera una fe concorde, y se aceptara la misma fecha para todos de la festividad de la Salvación. Los acuerdos adoptados en común, se ratificaron por escrito y con la firma de cada uno. Hecho lo cual, el emperador ordenó celebrar una fiesta de triunfal agradecimiento a Dios, porque sostenía que ésta era la segunda victoria q u e había o b t e n i d o c o n t r a e l enemigo de la Iglesia.

»Por el mismo tiempo se cumplió el vigésimo aniversario de su acceso al imperio. Mientras en las restantes regiones se llevaban a cabo celebraciones públicas, el emperador en persona tuvo la iniciativa de organizar un banquete en homenaje de los ministros de Dios, y el hecho de comportarse como un comensal más con los que habían hecho las paces, era como si rindiera, a través de ellos, este adecuado sacrificio. Y no faltó ningún obispo al festín imperial. El evento resultó de una grandiosidad superior a cualquier intento de descripción: doríforos y hoplitas, con las hojas de sus espadas desenvainadas, en círculo, velaban en guardia los accesos al palacio; por en medio de ellos, pasaban libres de temor los hombres de Dios, y se internaban en lo más íntimo de la mansión. Después, mientras algunos se acostaban junto a (él), otros se recostaron en los lechos de madera, instalados a ambos costados. Uno podría imaginarse que se estaba representando una imagen del reino de Cristo, y que lo que estaba ocurriendo "un sueño era, que no la realidad".

»Tras concluir de modo tan brillante el festín, todavía el emperador recibió a los presentes entre corteses saludos, honrando con magnanimidad a cada uno con sus dádivas personales, según la clasificación del rango. A los que no estuvieron presentes a este sínodo, dióles noticia por medio de una carta personal, que como en columna votiva, voy a incluir en este discurso sobre él siendo así su traza 8º»(...)

Eusebio, *Vita Constantini*, II, 10-16